

HOMENAJE AL EXCMO. SR. D. ANTONIO CRUZ-CONDE Y CONDE

PALABRAS DEL HOMENAJEADO

Excmos. e Ilmos. Sres., Sras. y Sres.:

Con profunda emoción y gratitud recibí la carta del Director de esta Academia, don Ángel Aroca, en la que tan amablemente me notificaba el acuerdo unánime de la Junta Directora y el Pleno de dedicarme la sesión de clausura de este curso 97/98.

Muchos son los motivos para mi gratitud. Hace cuarenta y dos años, el 3 de diciembre de 1955, esta Corporación, dirigida por un buen y antiguo amigo, don Manuel Enríquez Barrios, y actuando de censor un gran amigo y colaborador, don José María Rey Díaz, acordó nombrarme Académico de Honor. Hoy, cuando han pasado más de treinta años desde que dejé todo cargo público, y por mi edad no se puede esperar recompensa ni temer represalia, esta nueva distinción de la Academia me toca en lo más profundo del corazón.

Sólo he cumplido con mi deber, un deber tanto mayor y más sentido cuanto que mi familia ha tenido el incomparable privilegio de poder servir a Córdoba en cargos de responsabilidad municipal, en siete ocasiones durante los dos últimos siglos. Y debo confesar que lo hice gustosamente, con pasión de enamorado.

Decía Ortega que el amor no miente, ni alucina, ni es ciego. Por el contrario, sitúa lo amado bajo una luz tan favorable que las más escondidas se hacen patentes. El amor es por lo tanto un grado superior de atención. Y podemos añadir que la poesía es su expresión más adecuada.

De la mano de mi tío José Cruz Conde, cuya labor continuó mi padre, aprendí a amar a Córdoba y tuve la fortuna de admirar sus encantos más recatados: sus gentes, costumbres, plazas, monumentos, y también pude reconocer sus necesidades.

Y al regir los destinos de su Ayuntamiento no pude dejar de inspirar mi acción en los versos de amor y de añoranza que Góngora dedicó a Córdoba: El río, la sierra, la campiña, las torres y los muros, fueron objeto de nuestro esfuerzo por construir un futuro de prosperidad y grandeza, sin perder la rica herencia del pasado.

El encauzamiento del río, el puente nuevo, los paseos de sus márgenes, el parque a su orilla, la Albolafia, el acceso a la sierra, sus zonas de esparcimiento y recreo, el

abastecimiento de agua, los regadíos, la recuperación del Alcázar, la Calahorra, las murallas, Medina Azahara, fueron posibles con la colaboración y el trabajo de todos los cordobeses.

Nada hubiera sido posible sin la ayuda de preclaros académicos como Menéndez Pidal, García Gómez, García Bellido, Diego Angulo, Romero de Torres, Castejón, La Torre del Cerro, Samuel de los Santos, Rey Díaz, Ricardo Molina, Félix Hernández. Nada se hubiera logrado sin el esfuerzo de quienes compartieron conmigo tareas de gobierno, y sin el trabajo eficaz y abnegado de todos los funcionarios.

Sin la generosidad de todos los vecinos, nada se habría conseguido. Desde el diario cuidado de patios, rejas y balcones para el festival que iniciamos en mayo, hasta el pago al cien por cien de las contribuciones especiales, con las que se pavimentaron, alumbraron y alcantarillaron las calles, los cordobeses, supieron, carentes de egoísmo, saltar cada mañana la gradilla del hogar dispuestos a unir su esfuerzo al esfuerzo de todos.

Por eso, todo lo debo a Córdoba y a los cordobeses, y debo dejar constancia de mi gratitud por toda la colaboración que me prestaron. Con su trabajo hicieron realidad, una vez más, estos versos de Góngora:

*¡Oh siempre gloriosa patria mía
tanto por plumas cuanto por espadas!*

Desde la atalaya de la edad, sólo me queda pedir que el ejemplo que dieron con su servicio sirva de estímulo, para que cada uno con el don que ha recibido se ponga al servicio de los demás. Por vuestro recuerdo de hoy, en nombre propio y en el de tantos amigos y colaboradores que nunca olvidaré, muchas gracias..